

El humanismo de Marx desde la perspectiva de José Martí

Luis Alvarenga*

La muerte del autor de *El capital* no pudo pasar desapercibida a los ojos de José Martí, quien dio cuenta de los grandes sucesos de su tiempo, tanto desde la mirada del cronista como desde la del pensador. En su texto periodístico “Karl Marx ha muerto”, publicado en el periódico bonaerense *La Nación*, los días 13 y 16 de mayo de 1883, da cuenta de la ceremonia luctuosa que tuvo lugar en Nueva York por parte de miembros de la I Internacional.

Este breve pero elocuente texto, pues aún la agilidad de la crónica con apreciaciones sumamente agudas sobre el pensador alemán, ha sido interpretado maliciosamente como una muestra del repudio de Martí a las ideas socialistas. Se puede llegar a esta conclusión tomando aisladamente ciertas afirmaciones que hace el poeta cubano en el texto, las cuales conviene matizar con las posiciones que toma Martí acerca del problema de la liberación de nuestros pueblos. Un Martí descontextualizado puede pasar perfectamente por un “liberal” potable para los intereses capitalistas y hasta por un rabioso anticomunista, o cuando menos, un moralista inofensivo para estos intereses.

En este trabajo se intentará mostrar cómo es posible encontrar coincidencias importantes en el pensamiento martiano con el humanismo de Marx. De hecho, es posible releer el humanismo marxiano desde las coordenadas martianas.

1. “Karl Marx ha muerto”

Conocer diversas literaturas es el medio mejor de libertarse de la tiranía de algunas de ellas; así como no hay manera de salvarse del riesgo

* Catedrático del Departamento de Filosofía, UCA. Correo electrónico: alvarenga.luis@gmail.com.

de obedecer ciegamente a un sistema filosófico, sino nutrirse de todos, y ver cómo en todos palpita un mismo espíritu, sujeto a semejantes accidentes, cualesquiera que sean las formas de que la imaginación humana, vehemente o menguada, según los climas, haya revestido esa fe en lo inmenso y esa ansia de salir de sí, y esa noble inconformidad con ser lo que es, que generan todas las escuelas filosóficas.

José Martí, "Oscar Wilde".

Leer la crónica sobre la muerte de Marx advierte un sentimiento de admiración del poeta cubano hacia la obra del autor de *El capital*. Un sentimiento de admiración que no se deja apabullar para caer en el dogma. Tan pronto como afirma: "Ved esta sala, Karl Marx ha muerto. Como se puso del lado de los débiles, merece honor"¹, para luego sentenciar: "Pero no hace bien el que señala el daño y arde en ansias generosas de ponerle remedio, sino el que enseña remedio blando al daño"². Ponerse del lado de los débiles, esto es, echar la propia suerte con los pobres de la tierra, es motivo de admiración para Martí. Las diferencias afloran sobre cómo luchar contra el orden de cosas injusto que requiere para subsistir que haya hombres y mujeres débiles.

Sin duda, el enfoque de Marx sobre la violencia es lo que provocó la reticencia de Martí, quien añade: "Espanta la tarea de echar a los hombres sobre los hombres"³, en alusión al concepto marxiano de "la violencia como partera de historia". Y sin embargo, admite que hay razones que hacen que los pueblos se desesperen y confíen en la violencia como remedio a sus males: "Indigna el forzoso abest[i]amiento de unos hombres en provecho de otros. Mas se ha de hallar salida a la indignación, de modo que la bestia cese, sin que se desborde y espante"⁴. Martí en momento alguno afirma que la liberación que él sueña para los países latinoamericanos llegue como

producto de una graciosa concesión de sus opresores. Lo que advierte es que si esta liberación habrá de darse por la fuerza, también hay que evitar que esta fuerza pervierta los procesos y haga olvidar las razones por las que se lucha: la opción por los débiles.

En 1892, en el primer número del periódico neoyorquino *Patria*, escribe un texto titulado "Nuestras ideas", en el que expone la necesidad de llegar a la libertad de Cuba por medio de una revolución:

La guerra, en un país que se mantuvo diez años en ella, y ve vivos y fieles a sus héroes, es la consecuencia inevitable de la negación continua, disimulada o descarada, de las condiciones necesarias para la felicidad a un pueblo que se resiste a corromperse y desordenarse en la miseria. Y no es del caso preguntarse si la guerra es apetecible o no, puesto que ninguna alma piadosa la puede apetecer, sino ordenarla de modo que con ella venga la paz republicana, y después de ella no sean justificables ni necesarios los trastornos a que han tenido que acudir, para adelantar, los pueblos de América que vinieron al mundo en años en que no estaban en manos de todos, como hoy están, la pericia política y el empleo de la fuerza nacional en el trabajo. Ni la guerra asusta sino a las almas mediocres, incapaces de preferir la dignidad peligrosa a la vida inútil.⁵

A través de la guerra revolucionaria, aspiraba Martí, podían sentarse las bases de una sociedad más justa, toda vez y cuando estuviese considerada como una opción inevitable para llegar a la libertad. Marx y Engels en el *Manifiesto del Partido Comunista* advierten: "Los comunistas no tienen por qué guardar encubiertas sus ideas e intenciones. Declaran abiertamente que sus objetivos sólo pueden ser alcanzados derrocando por la violencia todo el orden social existente. Las clases dominantes pueden temblar ante una revolución comunis-

1. "Karl Marx ha muerto". En Martí, J., *Obras escogidas*, Tomo I, La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1992, p. 403.
2. *Ibidem*.
3. *Ibidem*.
4. *Ibidem*.
5. "Nuestras ideas". En Martí, J., *Obras escogidas*, Tomo III, *op. cit.*, p. 65.

ta. Los proletarios no tienen nada que perder en ella, más que sus cadenas. Tienen, en cambio, un mundo que ganar”⁶. Estas palabras no son las premisas de las que parten Marx y Engels para urgir a los pueblos del mundo a trabajar por una revolución socialista, sino la culminación del análisis de un sistema económico y de una civilización que, a juicio de los autores, no deja más remedio que renunciar a la vida inútil.

El peligro sería una revolución conducida para beneficiar intereses particulares, como advierte Martí: “Pero si la guerra hubiese de ser el principio de una era de revueltas y de celos, que después de una victoria inmerecida e improbable, convirtiese el país, sazonado con nuestra sangre pura, en arena de disputas locales o escenario de ambiciosas correrías; [...] como parricidas se habría de acusar a los que fomentaran y aconsejasen la guerra”⁷. Ahora es posible entender por qué Martí ha dicho anteriormente: “Espanta la tarea de echar a los hombres sobre los hombres”, pues sabe que un conflicto social no es algo leve, sino que involucra el sacrificio de vidas humanas. Desde esta perspectiva, es posible ver que el problema no es tanto que Marx advierta la necesidad de una transformación revolucionaria de las sociedades —Martí habla también de la necesidad de hacer una revolución en su país—, sino que el peligro reside en tomar el planteamiento del filósofo alemán como luz verde para intentar hacer revoluciones, hayan condiciones para ello o no. Sobre todo, “condiciones necesarias para la felicidad a un pueblo que se resiste a corromperse y desordenarse en la miseria”.

2. Las bases de un nuevo mundo

Martí no puede menos que notar cómo el pensamiento de Marx ha trascendido las fronteras y ha hermanado a personas de diferentes partes del mundo: “Ved esta sala: la preside,

rodeado de hojas verdes, el retrato de aquel reformador ardiente, reunidor de hombres de diversos pueblos, y organizador incansable y pujante. La Internacional fue su obra: vienen a honrarlo hombres de todas las naciones. La multitud, que es de bravos braceros, cuya vista enternece y conforta, enseña más músculos que alhajas, y más caras honradas que paños sedosos. El trabajo embellece. Remoja ver a un labriego, a un herrador, o a un marinero. De manejar las fuerzas de la naturaleza, les viene ser hermosos como ellas”⁸. Ve aquí una humanidad hermanada en el valor del trabajo: una civilización del trabajo frente a la civilización del capital.

¿En qué puede haber contribuido Marx a esta civilización del trabajo?, podríamos preguntarnos. Y Martí nos responde: “Karl Marx estudió los modos de asentar al mundo sobre nuevas bases, y despertó a los dormidos, y les enseñó el modo de echar a la tierra los puntales rotos”. Las razones para “asentar al mundo sobre nuevas bases” las vislumbró Marx en sus *Manuscritos de París* y las formuló de manera elaborada en *El capital*. Acertadamente dice Martí que el autor de *La ideología alemana* “despertó a los dormidos”. Esto es, advirtió contra la alienación, cuya raíz se hundía en las estructuras socioeconómicas. Conocemos el tratamiento que Marx da a la alienación religiosa, cuando la religión se ocupa como un medio para distraer a los seres humanos de los problemas que ocurren en la tierra.

Hombre del campo:

No vayas a enseñar este libro al cura de tu pueblo; porque a él le interesa mantenerte en la oscuridad; para que todo tengas que ir a preguntárselo a él.

Y como él te cobra por echar agua en la cabeza de tu hijo, por decir que eres el marido de tu mujer, cosa que ya tú sabes desde que la quieres y te quiere ella; como él te cobra por nacer; por darte la unción, por casarte, por rogar por

6. Marx, K. y Engels, F., *Manifiesto del Partido Comunista*, Madrid: Biblioteca Nueva, 2000, p. 138.

7. “Nuestras ideas”, *op. cit.*, p. 66.

8. “Karl Marx ha muerto”, *op. cit.*, p. 403.

tu alma, por morir; como te niega hasta el derecho de sepultura si no le das dinero por él, él no querrá nunca que tú sepas que todo eso que has hecho hasta aquí es innecesario, porque ese día dejará él de cobrar dinero por todo eso.

Y como es una injusticia que se explote así tu ignorancia, yo, que no te cobro nada por mi libro, quiero, hombre del campo, hablar contigo para decirte la verdad.⁹

Estas palabras, que pudieron haber sido escritas por un discípulo de Marx, son de Martí. Contienen un tratamiento de la alienación religiosa tan profundo como el de Marx, pero quizás más cercano al de una perspectiva propia de la cultura latinoamericana. Para Martí, ser cristiano no se reducía a un conjunto de ceremonias socialmente aceptadas: “Cristo estaba lleno de amor para los hombres. Y como él venía a decir a los esclavos que no debían ser más que esclavos de Dios, y como los pueblos le tomaron un gran cariño, y por donde iba diciendo estas cosas, se iban tras él, los déspotas que gobernaban entonces le tuvieron miedo y lo hicieron morir en una cruz. De manera, buen campesino, que el acto de bautizar a tu hijo quiere decir tu voluntad de hacerlo semejante a aquel grande hombre”¹⁰. No tiene nada que envidiar lo anterior al análisis de la religión que hace Marx en la introducción a la *Crítica a la filosofía del Estado de Hegel*, cuando habla de un tipo de religión que sirve para adormecer a las conciencias y neutralizarlas para la lucha social¹¹. Las bases del mundo nuevo que avizora Marx están en los hombres y mujeres que, llenos de amor a la humanidad, transforman la civilización capitalista y construyen la civilización del trabajo.

3. Conclusión

En verdad, la crítica martiana a Marx no se dirige tanto a lo fundamental de su pensamiento, sino al peligro de caer en una aplicación voluntarista del mismo. Pues, como dice Martí, aunque el filósofo alemán consagró sus energías a estudiar científicamente cómo reorganizar la civilización del capital, “anduvo de prisa, y un tanto en la sombra, sin ver que no nacen viables, ni de seno de pueblo en la historia, ni de seno de mujer en el hogar, los hijos que no han tenido gestación natural y laboriosa”¹². Los procesos de transformación social no pueden darse por simple voluntarismo. Necesitan de un análisis que permita ver en qué condiciones pueden “nacer viables”, y esta transformación revolucionaria demanda una “gestación natural y laboriosa”, pues de lo que se trata en el fondo no es de cambiar de administradores en un sistema de explotación, sino de cambiar las estructuras socioeconómicas, pero también las conciencias. Las conciencias enajenadas por el capitalismo, en cuyo estudio encontramos al Marx de los *Cuadernos de París*.

Cuando Martí, en medio de estas reservas, describe a Marx como un “veedor profundo en la razón de las miserias humanas, y en los destinos de los hombres, y hombre comido del ansia de hacer el bien”¹³, advierte un fondo humanista en el pensamiento del filósofo de Tréveris. Al final de la crónica hay unas palabras que han omitido quienes han querido interpretar las palabras de Martí como una condena al socialismo. Se trata de las siguientes:

9. “Hombre del campo”. En Martí, J., *Obras escogidas*, Tomo I, *op. cit.*, p. 103.

10. *Ibid.*, pp. 103-104.

11. Afirma al respecto Michael Löwy: “Si uno lee el ensayo completo, aparece claramente que el punto de vista de Marx debe más a la postura de izquierda neo-hegeliana —que veía la religión como la alienación de la esencia humana— que a la filosofía de la Ilustración —que simplemente la denunciaba como una conspiración clerical—. De hecho, cuando Marx escribió el pasaje mencionado era aún un discípulo de Feuerbach y un neo-hegeliano. Su análisis de la religión era, por consiguiente, ‘pre-marxista’, sin referencia a las clases y ahistórico. Pero tenía una cualidad dialéctica, codiciando el carácter contradictorio de la ‘angustia’ religiosa: a la vez una legitimación de condiciones existentes y una protesta contra estas”. Cfr., “Marxismo y religión: ¿Opio del pueblo?”. En Borón, A., Amadeo, J. y González, S. (comps.), *La teoría marxista hoy. Problemas y perspectivas*, Buenos Aires: Clacso, 2006, p. 283. Debo la referencia a Julián González.

12. “Karl Marx ha muerto”, *op. cit.*, p. 403.

13. *Ibidem*.

Estas ciudades populosas [como la Nueva York desde la que está escribiendo], que son graneros humanos, más que palacios de mármol, deberán erigirlos de ventura:— y no acumular las gentes artesanas en pocilgas inmensas, sino hacer barrios sanos, alegres, rientes, elegantes y luminosos para los pobres. Ya son el aseo y la luz del sol, para ellos desusada elegancia, pues sin ver hermosura ¿quién sintió bondad? ni sin sentir la caridad ajena ¿quién la tuvo? ¡Aleje de la cabeza de otros la tormenta el que quiera alejarla en la suya! Si los vierais, ahora que llegan los meses de verano, entrarse en bandadas, llenos los brazos de las madres de hijos pálidos y moribundos, por los vapores de paseo en que alguna cofradía o persona amorosa les permite cruzar de balde el río. ¡Es de morderse los labios de cólera, de no

andar por toda la tierra paseando infatigablemente el estandarte de su redención!¹⁴

Es decir, por muchas críticas que puedan suscitar las ideas de Marx y sus aplicaciones, hay una civilización de lujos que crea esos “graneros humanos” donde malviven y se reproducen los semilleros de la mano de obra explotada —aunque ahora habría que ver si la deshumanización imperante ha vuelto obsoleto lo anterior—. Y la existencia de estos “graneros humanos”, suma expresión de la enajenación, ¿acaso no justifica el “andar por toda la tierra paseando infatigablemente el estandarte de su redención”, ese estandarte que, en su vida consagrada al estudio del capitalismo, ayudó a izar Marx?

14. *Ibíd.*, p. 405.